

ESTEBAN ABARZÚA

777

1967, 1988, 2009

El destino es algo de lo que hablamos cuando jugamos a encontrar explicaciones en el azar de la existencia, cuando Dios, si existe, tira los dados y sale tres veces seguidas el número 7. El destino es otra cosa que ocupa su lugar cuando hablamos de destino, quizás el recuerdo que habita en el futuro de un sueño que nos persigue toda la vida. Marcelo Barticciotto debutó con la camiseta de Colo-Colo en 1988; veintiún años después de 1967, el año en que apareció Carlos Caszely; veintiún años antes de 2009, el año en que llegó Esteban Paredes. Los tres fueron felices durante mucho tiempo en Colo-Colo con el número 7 en la espalda y lograron sobrepasar los límites del favoritismo entre los hinchas de su equipo, cada uno en su estilo. Las razones no necesariamente tienen que ser irrefutables. La vida a veces puede ser ese jugador que, como se dice en el fútbol, juega el partido con el balde en la cabeza. Si hay una línea ahí, una lógica definitiva, quizás tengamos que hablar algún día del Espíritu de Macul.

Antes de ellos los grandes ídolos de Colo-Colo jugaban con el número 8. Al lado del 7 clásico, pero un poco más hacia dentro y hacia atrás en el campo de juego: Enrique Hormazábal, Jorge Toro y Francisco Valdés. En el número 1307 de la revista *Estadio*, del 18 de julio de 1968, hay una fotografía que resume la convocatoria sentimental de los colocolinos a la fecha. Ahí están Cuacúa Hormazábal, el Chino Toro y Chamaquito Valdés, un jueves en la puerta del camarín de Colo-Colo en el Estadio Nacional. Un hombre de treinta y siete años, uno de veintinueve y otro de veinticinco. Hormazábal, el popular Cuacúa, retirado del fútbol un par de temporadas antes, llega

a saludar a sus antiguos compañeros que van partiendo a la cancha para un amistoso internacional contra San Lorenzo. Los tres coincidieron en el plantel de 1961, pero nunca aparecieron juntos en la formación. Cuacuá, sin embargo, fue el ídolo de Toro y Chamaco y de paso inauguró la leyenda de la camiseta número 8 de Colo-Colo. El primer 8 identificable en la historia del fútbol chileno, el que sabía perfectamente donde iba a colocar la pelota con su pie derecho, era Cuacuá.

El cambio de paradigma también afectó el paladar colocolino, que hasta entonces se deleitaba fundamentalmente con pases perfectos, pelotazos al vacío y tiros libres con chanfle, en cracks que podían jugar con unos kilos de más y echaditos atrás si les daba la gana para mover los hilos del partido. La precisión y sobre todo la pausa como fantasía popular: hermosos pases de cuarenta metros que surcaban los cielos para caer junto al pie de un receptor afortunado, tiros que reinterpretaban las leyes de la física antes de meterse en un ángulo y apaciguar la ansiedad del resultado. Jugar de 8 en Colo-Colo era el sueño de toda una generación hasta que apareció un muchacho del barrio San Eugenio que proponía un nuevo pacto con los dioses del fútbol: la maniobra alegre que rompe esquemas, reclama suspiros del tablón y encuentra soluciones incluso si todo parece perdido. Es la gambeta de Caszely que irrumpe y hace posible el quiebre: la habilidad innata, pero más que nada la trapacería, el engaño llevado a su máxima expresión futbolística y, por supuesto, el desparpajo, la rebeldía de los nuevos tiempos que pide cancha y camiseta, unos ojos que se creen con derecho a cambiarlo todo sin desviar la mirada.

Carlos Caszely juega de 7 en los primeros siete años de su carrera, en Colo-Colo y en la selección, entre 1967 y 1974. El primer 7 del pueblo en una época de sueños y codazos en las costillas: la época en que ir de frente se podía pagar con

la vida, mientras que en el fútbol los equipos en su formación original pasaban de cuatro a tres delanteros, luego a dos.

Ahí se acomoda y deslumbra, por el costado derecho del ataque, entre sus marcadores y el alambrado, para buscar la diagonal que termina en centro o en gol, dependiendo solamente de su propia imaginación. Después, en España, va a seguir un proceso de metamorfosis que lo hará volver a Chile en 1978 como centrodelantero y 9 goleador que, en realidad, ayudará a redondear la memoria de esos días en que empezaba a comerse el mundo y ningún desafío le quedaba grande.

Carlos Caszely es más que un jugador de fútbol, es una utopía: ese tipo de ilusión que alimenta el alma de un pueblo y lo pone a pensar en un destino o en un final de abrazos. Tiene que ver con lo que una vez dijo Luis Álamos, el Zorro: “Cuando gana Colo-Colo, al día siguiente la marraqueta es más crujiente; y el té, más dulce”. Caszely es el té y la marraqueta de los colocolinos durante todos esos años en que soñar iba a pagarse con sangre. Es el gol a Unión y a Emelec, el gol en Maracaná, la pelota en sus pies con todos los significados posibles. “La tiene Caszely” es más que una frase en un partido de fútbol, es una idea que perdura a través de toda una vida. En las noches uno puede quedarse dormido en paz cuando el arquero García no lo alcanza con su guadaña, de nuevo, mientras él avanza feliz hacia la eternidad. Una jugada de fútbol existe tantas veces como pueda ser recordada por quienes quedaron marcados por ella. Caszely también es aquella jugada en que “se pasó”. Se pasó a casi todo el equipo contrario: ellos pasaron de largo y él se pasó de grande. Hay gente que todavía sueña con ese momento de la vida de Caszely, ese momento de sus propias vidas que está más allá de la historia y del olvido.

¿Cuáles eran realmente las probabilidades de que el siguiente ídolo en Colo-Colo repitiera el número de la suerte en su espalda? No pocas, en realidad. Las coincidencias no

son más que caprichos del azar a los que les gusta jugar a las escondidas con el entendimiento humano. Según las matemáticas, por ejemplo, en un grupo de apenas veintitrés personas hay más de un 50 % de posibilidades de que dos de ellas celebren su cumpleaños el mismo día. Luego los sentimientos también hacen su trabajo y empiezan a descartar la evidencia que no cumple con los requisitos de la teoría feliz. Caszely jugó siete años de 7 en Chile y cuando volvió jugó siete años de 9. Marcelo Barticciotto, en dos periodos, jugó durante once años de 7 en Colo-Colo. La línea recta, arbitraria y selectiva, es un camino que trazan las leyendas en su afán de trascender. Pero ojo: Barti jugó con el 11 en Huracán, en Universidad Católica y en la primera de sus dos temporadas en el América de México. Donde termina la casualidad comienza la genealogía de los afectos en la historia de un equipo de fútbol. Es el 7 el que lo atrapa a él cuando llega a Colo-Colo.

Marcelo Barticciotto es una emoción. Entra a la cancha a jugar lo que puede y a entregar lo que sabe, quizás una mirada que busca en el horizonte, o más acá, una respuesta a todas las dudas. Las fotos de Barti son las que lo miran a uno, intentan decir algo desde su silencio y sus recuerdos: Sigo aquí, porque aquí elegí quedarme para siempre. En el fútbol hay jugadores herméticos, de una interioridad inaccesible, y en su misterio resuelven en beneficio propio jugadas de gol, aplausos desde la grada y contratos jugosos. Barticciotto no. Él es una carta volteada hacia arriba encima de la mesa mientras el juego se está jugando; el único misterio, si lo hay, es por qué un hombre tan transparente puede llegar a sentirse tan solo si tiene a una multitud dispuesta a hacerle compañía o a inmolarse por él cuando los dioses pidan un sacrificio. Barticciotto también es esa carta pegada en el camarín de los campeones del 91 que comienza diciendo “quizás yo sea el menos indicado”: ese hombre que siempre será el más indicado para todo lo que tenga que ver con el ciclo vital de un equipo de fútbol. Para

dar el primer paso o el primer pase, para tirar la primera piedra o incluso para no tirarla como en el “gol triste” que será desde el primer instante y hasta el fin de los tiempos el único gol contra Colo-Colo que el hincha venerará como propio. Barticciotto no es solo un ídolo; es también un ídolo que decidió bajar de su pedestal a juntarse con los colocolinos de carne y hueso para no perder la costumbre de vivir cada día lo que se siente ser colocolino. El 7 del pueblo como relato nace con Caszely en los setenta y se funda como patrimonio histórico de la colocolinidad con Barticciotto, cuando Barticciotto es un exjugador de fútbol que quiere seguir viviendo su vida como un colocolino más.

Siete años después del último partido de Marcelo Barticciotto en el estadio Monumental aparece Esteban Paredes en Colo-Colo. Había jugado con el 10 en Santiago Morning, con el 16 en Puerto Montt, con el 17 en Universidad de Concepción y con el 20 en Cobreloa. Él no eligió el 7 de Colo-Colo; el 7 de Colo-Colo lo eligió a él.

Esteban Paredes es un festejo, un tótem con un puño en alto que resiste el ocaso, las dudas y los miedos. Es un retrato, una conversación en las redes sociales, incluso como un trol de la cancha que en el próximo partido se reserva el derecho a réplica, cuando el hincha espera que su lealtad tenga sentido, no descubrirse un día adorando unas piedras o un mero vocablo. Y, por supuesto, es un tatuaje que une piel e historia en la vida de un colocolino hasta el fin de sus días. Él mismo tiene el número 7 tatuado en su brazo derecho, encima de unas estrellas. Paredes reinicia la ilusión cada vez que juega y establece la primera lección de ser colocolino en tiempos difíciles: sin drama no hay nada. Es un goleador de teatro: lesionado el lunes, entre algodones el jueves, con los brazos al cielo el domingo. En el centro del área es el brazo armado de la multitud. Él es la multitud y su pie izquierdo es un récord que vence al tiempo y lo pone de rodillas: 215, 216, 217, 218,

219 goles en primera división. ¿Hay cuarenta mil almas en la tribuna ese día? Él es parte de los cuarenta mil, pero también podemos pensarlo en sentido contrario: los cuarenta mil son parte de él para convertir sus temores en certezas. Paredes vivió en el monstruo y le conoce las entrañas.

De pronto, un registro de coincidencias se convierte en la biografía de una camiseta que reclama su derecho a tener vida propia en la historia de Colo-Colo. El número 7 en Colo-Colo es un desafío al calendario: Caszely en la revista *Estadio*, Barticciotto en la *Minuto 90*, Paredes en Instagram. Paredes es el primer ídolo de Colo-Colo conectado en línea a través de su *smartphone*, con Barticciotto aparecen los celulares de palo y a Caszely le comunican mediante un telegrama que debe presentarse en la puerta 9 del Estadio Nacional para jugar su primer partido.

Es a las antiguas emociones a las que el hinchista les tiene más cariño y el relato fluye en distintas direcciones: Raúl Prado Cavada en Caszely, Vladimiro Mimica en Barticciotto y Claudio Palma en Paredes. Las grandes jugadas de fútbol suceden en el campo de juego; los ídolos, en la memoria de un pueblo que recuerda cosas que jamás imaginó que podría recordar mientras estaban ocurriendo.

Gol 215

Arco norte del estadio La Cisterna. El número 7 de Colo-Colo mira durante un segundo a Fabián Cerda, el arquero de Palestino. Un segundo en el fútbol es demasiado tiempo. Hay tragedias y hazañas que caben enteras dentro de un segundo en el campo de juego, y esta jugada las tiene de sobra, tras un bote largo que da la pelota por el despeje afortunado del argentino Iván Rossi, a lo que salga. Esteban Paredes, de hecho, ya había mirado antes a Cerda durante la misma secuencia para ubicarlo en el arco, esa mirada furtiva de goleador que precede las intenciones, sin embargo le vuelve a echar los ojos encima para medirlo de pies a cabeza: un metro ochenta y cinco de estatura, quizás dos y medio saltando con las manos en alto. Desde el ángulo en que está, muy cargado a la izquierda, con la marca encima del defensor Enzo Guerrero, hacerle el gol es prácticamente imposible.

Es el minuto 72 de un partido gris, bajo una tarde semi-nublada, en un estadio casi vacío, el 24 de agosto de 2019, a la hora en que La Cisterna se ganó el apodo de “La Siesterna” en el torneo local. No hay de qué extrañarse: un día como cualquier otro en la historia del fútbol chileno. Paredes ha anotado gran parte de sus goles en días como este. Para su debut en primera, a los diecinueve años, jugó nueve minutos de un partido por Santiago Morning: había 841 espectadores. Ahora hay 2928 asistentes controlados, 951 de Colo-Colo por absurdas restricciones de seguridad que suelen aplicarse exclusivamente al equipo más popular de Chile.

Como sea, Paredes decide intentarlo, por arriba de Cerda, hacia el único rincón del arco que se puede intuir desde donde

va a tirar. Más que suspenso, hay duda y espera en la preparación de la jugada. No es fácil, en realidad es una prueba de fe; una pausa de la vida que anticipa el Juicio Final. Luego sucede lo extraordinario, el héroe transforma eso que parece un globo de cumpleaños en una bala de cañón que recorre dieciséis metros a sesenta y cuatro kilómetros por hora, según el detalle del Canal del Fútbol, y cae por su propio peso dentro del arco: el gol número 215 de Esteban Paredes en los campeonatos nacionales de primera división, el gol del récord que lo iguala con Chamaco Valdés. Un tiro cruzado, alto, al ángulo contrario, imposible, el 2-1 parcial contra Palestino. En el festejo se acerca a la barra de Colo-Colo, en el sector norte, iluminado por los últimos rayos de un sol de invierno. Al día siguiente, en los diarios, la foto es una postal: el 7 de los blancos y su gente reconociéndose mutuamente en la ofrenda.

Antes del partido, Cerda dijo que no quería darle a Paredes el favor del récord. Después del partido aclara con cariñosa resignación su propio lugar en la biografía del héroe de la jornada: “Hice todo lo posible para poder evitarlo, rocé el balón, pero igual se metió en el ángulo. Quedé en la historia porque igualó, pero al arquero que le haga goles ahora, ese quedará en la historia porque ahí superará el récord. Uno después piensa que si me ponía más adelante o más atrás, quizás la sacaba”.

Paredes tiene una explicación modesta, pero insondable. “Le pegué con el alma”, dice. También entiende las consecuencias de lo que acaba de ocurrir: “Nunca imaginé que llegaría a esta cifra. Cuando hice el gol quería llorar. Me siento orgulloso de poder estar al lado del gran Chamaco Valdés. Para mí es algo simbólico. Su familia me dijo que ojalá fuera yo el que lo pasara”. Su camiseta se la regala a Cristóbal Jorquera, excompañero en Colo-Colo y autor del gol del empate a dos para Palestino.

El rostro de Esteban es severo, no tanto por los años, que los tiene casi todos como futbolista, sino por la concentración

necesaria para acometer la faena. Funciona en el hermetismo de sus gestos y en la economía de sus movimientos. Nunca se sale de su objetivo. ¿El gol? Hay que ponerlo con signo de interrogación porque el gol en sí no es una verdad hasta que lo encuentran los buscadores de oro como él. Antes del gol, el gol solo existe en las tripas del goleador, en la obsesión que construye día tras día, partido tras partido, a un goleador serial.

En este caso, la mejor parte del relato ocurre entre los veintinueve y los treinta y nueve años, el periodo de la vida en que los jugadores profesionales suelen preocuparse de evitar las lesiones, de dosificar el esfuerzo y de firmar el último contrato ventajoso para llegar al día en que, finalmente, se conviertan en exprofesionales. Los números de Paredes como campeón empezaron a caer tarde en su carrera, la mayor tajada desde que llegó a Colo-Colo a mediados de 2009.

Desde entonces también se ha dedicado a engañar al tiempo y a llenar sus remates con una carga simbólica que lo une con las esperanzas de una hinchada en tiempos difíciles. Mantiene el fuego colocolino cuando reina la oscuridad. Hay una liturgia en cada contacto con el balón. El ídolo es un jugador de fútbol que se transforma en una pequeña máquina del tiempo: la memoria fluye a través de él en todas las direcciones cuando está en trance. Siempre está jugando el mismo partido, quizás el primero. El héroe del fútbol no tiene descanso: no se apaga cuando se van las luces del estadio.

El gol imposible

Lo que hace de una pelota de fútbol una declaración de principios, o incluso de guerra, es la imaginación. Tanto en la vida como en la tribuna todos creemos en algo que no sabemos si existe, pero en la cancha el jugador necesita elevarse por encima de las dudas, del drama y de los contraataques del rival para romper las ataduras de un partido cerrado. A mayor abundancia, el auténtico campeón hace de sus posibilidades una promesa, una regla que transforma cada jugada en un nuevo comienzo, como Marcelo Barticciotto contra Boca Juniors, el 22 de mayo de 1991: una mala noche para el 7 de Colo-Colo hasta que la agarra de las patas y la zamarrea, y logra arrancarle un par de conejos del bolsillo. En dos minutos, acaso los dos minutos mejor jugados de su vida, Barticciotto elige a todo un pueblo como testigo de sus decisiones. En esos dos minutos, los dos minutos de Barti, Boca ya no es obstáculo; es una ventana abierta hacia las estrellas.

En tanto ecuación futbolística, la respuesta de Barticciotto frente a Boca es indescifrable: más de una hora de ausencia, dos minutos de gloria y asombro hasta que termina la faena. Más que un partido, es un aviso de utilidad pública. “Soluciones Barticciotto: en caso de emergencia rompa el vidrio”. Lo que hace no se puede predecir con exactitud, como toda fantasía sin fecha de vencimiento.

En la primera de sus dos apariciones mágicas, cuando se juega el minuto 64, con el 0-0 escamoteando entre los colocolinos la ilusión de saltar a la gran final, su relación con la bola y con Coca Mendoza reproduce una de las frases favoritas en la voz de Vladimiro Mimica, el Cantagoles que relata

los partidos de Colo-Colo en la radio Monumental: “Tuya, mía, para ti, para mí. Tac, tac, tac”. De pronto, la semifinal de la Copa Libertadores de América es un pretexto para dibujar jugadas de pizarrón a mano alzada. El primer trazo es en apariencia inofensivo: pase de José Daniel Morón a Lizardo Garrido para salir del fondo. Temerario, el Chano busca a Rubén Espinoza en el círculo central, cuchareando el balón entre Diego Latorre y Gabriel Batistuta. Espinoza, con un hombre de Boca a su espalda, logra girar y alarga para Barti, en tres cuartos de cancha. Hasta este punto, increíblemente, el Colo-Colo de Mirko Jozic ensaya un movimiento frontal, por el medio: es casi una provocación contra un adversario cerrado como un puño en esa zona. Blas Giunta, el volante central de Boca, es el que manda con un lema muy visible en su coto de caza: el que pasa por aquí no pasa entero. “Y pegue, Giunta, pegue”, cantan los hinchas de Boca en La Bombonera.

Pero no están en La Bombonera y Barticciotto, en una cancha que es como su casa, va a romper el molde. Abre hacia el costado derecho para Mendoza, casi en perpendicular, y luego lo persigue para juntarse con él. Ellos aún no lo saben, y pasarán años, quizás décadas, antes de que alguien repare en esto como certeza, pero en cada movimiento les sobra magia y herramientas de trabajo para levantar su candidatura: en el primer semestre de 1991, Coca y Barti son los futbolistas que mejor corren con el balón dominado en el fútbol de Sudamérica. Mendoza puede avanzar a los choques si es necesario; Barticciotto prefiere la técnica del zigzag, pasarse la pelota entre ambas piernas hasta que encuentra un espacio para escabullirse. “Anda como en patines”, dice el Chano Garrido. El Coco Basile, entrenador de la selección argentina, lo viene siguiendo desde hace un par de meses como alternativa a las gambetas de Claudio Caniggia. Caniggia es un semidiós después de Italia 90, pero hasta los semidioses se lesionan. En caso de emergencia rompa el vidrio.

Hay detalles que con el tiempo suelen quedar rezagados y que después pueden cambiar el sentido de la historia, si acaso algún botón oculto los activa. Justo cuando Barticciotto abre hacia Mendoza en la banda derecha, en el costado opuesto del campo Mirko Jozic le está diciendo a Luis Pérez que se prepare porque va a entrar por Barti. Eugenio Cornejo, notero al borde del campo en la transmisión televisiva, lo advierte desde su puesto exactamente en ese tramo de la jugada: “Se prepara Lucho Pérez”. Solo unos segundos después, Mendoza recorre unos metros y cede atrás para el 7 de los blancos, a tres metros del área grande. Hay seis hombres de Boca en la cobertura defensiva y Barticciotto se adentra en la zona más poblada: flanqueado por Víctor Hugo Marchesini y Antonio Apud, se adelanta para encarar a Juan Simón y Carlos Daniel Moya. Elimina a los cuatro de su camino con un culebreo y cuando encuentra espacio para meter centro tiene a dos defensores de Boca y tres compañeros de Colo-Colo esperando su decisión. El mejor ubicado es Martínez, solo en el medio para enfrentar a Carlos Navarro Montoya, y la pelota le llega mansa, cómoda, perfecta. Martínez define a lo Martínez: borde interno, a un rincón, lejos del arquero. Tras el gol y los abrazos, y la invasión a la cancha de la multitud inexplicable tras el arco de Boca, el Chico Pérez apenas alcanza a sentarse cuando viene la jugada siguiente, en el minuto 66, como un rayo que cae dos veces seguidas en el mismo lugar.

Hay un lateral que Chano Garrido sirve hacia Coca Mendoza, pegado a la línea de cal, con Apud desesperado por sacarle siquiera una astilla a su conducción de balón. No hay caso: Mendoza pasa entre Apud y Giunta. Luego hace una pared con Espinoza y queda pasado Moya. Lo mismo que Walter Pico, tardío en la ayuda. Lo interesante, a continuación, está en los movimientos sin pelota de Colo-Colo. Patricio Yáñez se abre por delante de Mendoza para marcar el pase y llevarse a Marchesini hacia la orilla, en las profundidades

de la banda derecha, mientras Coca busca la diagonal hacia el arco, detrás de Martínez y Barticciotto. Atacan cuatro, defienden tres.

En la historia de Colo-Colo se habla del “gol imposible”: una jugada que empieza en la pizarra de Jozic y culmina en la inspiración de Barticciotto. Cuando Yáñez se descuelga, Barti le hace un gesto a Martínez para que hagan diagonales cruzadas en busca del centro. Martínez: de izquierda a derecha para llegar al primer poste. Barticciotto: de derecha a izquierda para meterse en el segundo poste. “Picá, Rubén, picá”, le grita el 7 al 11. Confundido, Soñora intenta seguir al primero, pero se queda con el segundo y le advierte a Simón que Martínez viene a su espalda.

“Esa jugada la entrenábamos mucho en los centros con Mirko. Que llegaran dos delanteros al área y que se cruzaran para definir, independiente de donde cayera la pelota. El del primer palo tenía que ir al segundo; el del segundo, al primero. Se lo dije a Rubén cuando íbamos corriendo y eso distrajo a los defensores. Cuando viene el centro de Yáñez, bien alto, Soñora no sabe dónde va a caer la pelota”, dice Barticciotto después de repasar mil veces el artefacto: “Son cosas que se quedan en la memoria. A veces, cuando me estoy quedando dormido, me veo cambiando posiciones con Rubén Martínez para llegar a ese centro bombeado de Yáñez”.

Navarro Montoya la ve pasar sobre su cabeza. Igual que Martínez y Simón. Soñora, peor aún, la pierde de vista porque lo único que sabe a ciencia cierta es que viene Barticciotto por la retaguardia. Es una de esas ocasiones en las que el delantero arremete sin presumir de sus posibilidades. Para unos es cosa de fe; para otros, de suerte. Jaime Pizarro, con la mejor vista posible de la jugada, cerrándose desde la izquierda por si hay un rebote, mirando desde el apéndice de la jugada, le da todo el mérito a la puesta en escena de Barti: “Tiene una dificultad

técnica increíble porque le llega el centro pasado y mete el borde externo de la pierna derecha”.

La pelota, en vez de irse a la galería, se clava en el ángulo.

En la caseta de Megavisión, el canal que transmite este partido, Carlos Caszely está en la condición de comentarista titular: “Navarro Montoya se la había jugado al primer palo. Y aparece en una posición bastante difícil Marcelo Pablo Barticciotto para, con la pierna derecha, borde externo, cachetear esa pelota a un metro del arco y meterla en el fondo. Colo-Colo en dos minutos ha dado vuelta un partido que se tornaba difícil”. En el festejo, Barticciotto busca a Sergio Verdirame, el Conejo, quien ese día a primera hora le había dicho que anotaría un gol contra Boca. Aunque todavía falta demasiado para el cierre de la jornada, el 2-0 de Barticciotto envalentona a Colo-Colo para defender su ventaja con los dientes cuando haga falta. El segundo gol de Martínez para el 3-1 y un perro llamado Ron frenan en seco a Navarro Montoya y compañía cuando intentan ganar el partido como en los años más oscuros de la Copa Libertadores. En la portada de *Las Últimas Noticias*, el jueves 23 de mayo de 1991, aparecen Barticciotto, Soñora y Navarro Montoya observando cómo el balón le hace una finta a la historia: “Colo-Colo a la final”.

Se pasó

Todavía no lo termina y ya lo están gritando. Al comienzo es un grito de expectativa, quizás ¡corre!, o ¡dale!, o ¡vamos, vamos! Un grito que todavía no se alcanza a distinguir del aire que sale de los pulmones de quienes llenan el Estadio Nacional esta noche, el jueves primero de marzo de 1973: 69.682 espectadores controlados, Copa Libertadores de América. A la misma hora, en otro lugar de Santiago, un expresidente de la república cierra la campaña para las elecciones parlamentarias del domingo. “A Chile lo salva Eduardo Frei Montalva”, le gritan sus partidarios.

No todas las ilusiones llevan hacia la misma meta en el Chile de 1973. Las del fútbol, sin embargo, empiezan a crecer en un tiro de esquina de Unión Española que Rafael González saca del área de Colo-Colo como en todo el partido: sencillo, de cabeza, elegante. Dos botes después la pelota le cae al elegido, con toda la defensa roja y el resto de la historia a su espalda. Así podría empezar una novela: toca Carlos Caszely para Elson Beyruth. Toca Caszely para Beyruth y va a buscar la devolución detrás del zaguero que lo intenta marcar: un obstáculo menos.

Beyruth es hombre de palabra. “Se lo recomiendo, amigo”, su frase de presentación a comienzos de los años setenta: el brasileño que vende en Chile hojas de afeitar Platinum Plus de Gillette. A ocho años de su llegada desde Flamengo es uno de los jugadores más antiguos en este Colo-Colo, junto a Chamaco Valdés. Un pase de Beyruth es como tener plata en el banco, aunque sea en campo propio. Beyruth, además, es de los que acompañan la jugada hasta el final, aun a riesgo de

convertirse en espectador privilegiado. Ya se sabe a esta altura que a Caszely cuando se le mete una idea en la cabeza no lo detiene nadie hasta que gana o falla. Es de los que sueñan en colores, con goles que puedan vivir siete vidas en la memoria de un pueblo. La tiene Caszely.

Caszely cruzando con pelota dominada la mitad de la cancha en 1973 es un elemento de la naturaleza. Su diagonal desde la derecha es escalofrío o ardor, quizás ambos al mismo tiempo porque remecen el alma. Otro de los rojos viene a su encuentro. ¿Cómo se llama? No importa. Hay jugadas en las que los nombres de los rivales pasan como cartas que se reparten en un juego de naipes. Caszely la echa a correr por dentro y parte a buscarla por fuera: dos menos. Un tercero quiere cortar por lo sano y no queda claro si se arroja o se cae en el intento, pero la bola se escurre entre sus piernas. Se llama túnel: si en Hollywood pudieran hacer una buena película de fútbol, esta maniobra tendría efectos especiales de sonido.

A la entrada del área, movimiento de cintura y el arquero queda a un lado. Parece fácil, pero hay menos de un segundo disponible entre pensarlo y hacerlo. Pancho Las Heras, Chacha Avendaño, el Chino Arias y Juan Olivares ya son estatuas de sal en Unión Española y Jorge Toro, excolocolino, llega por si las moscas, pero al final entra en el cuadro casi con ganas de celebrar el último toque de Caszely, suave, con el empeine, empujando el balón más que pegándole.

En la Cineteca Nacional hay un registro cinematográfico en dieciséis milímetros sobre la última parte de la acción, cuando le pasa por el costado a Remigio Avendaño y va en busca de Antonio Arias para dejarlo en ridículo. Al final de la celebración, luego de avanzar frente a los fotógrafos al borde del campo, se aprecian antorchas en las tribunas del Estadio Nacional. “Este tanto encarna un sello característico de la joven estrella colocolina, Carlos Caszely, dejando atrás a varios rivales, incluyendo el arquero”, destaca la sinopsis del

documento fílmico atesorado en el archivo del Centro Cultural La Moneda. El sobrio relato de Sergio Silva, en Televisión Nacional de Chile, también deja constancia de un sello inconfundible: “Cuidado, ¿por qué se demoró? Claro, se demoró porque Caszely es así. Le gusta hacer los goles de esa manera y no hay quién lo cambie. Gol de Caszely y el cuarto de la noche”. Colo-Colo le gana 5-0 a Unión Española; Caszely anota el primero y el cuarto de los blancos, a los doce y a los sesenta y ocho minutos. Los asistentes dejan una cifra acorde a la inflación del país en boleterías: cuatro mil setecientos setenta y cinco millones de escudos.

El martes 6 de marzo el número 1545 de la revista *Estadio* muestra en su portada una fotografía en blanco y negro con un título en amarillo que reemplaza con evidente improvisación a la que se había preparado en los días previos: el chileno Pedro Araya con la camiseta del San Luis de México, quien deberá esperar hasta el número siguiente para salir. “¡Se pasó!”. La nueva tapa de *Estadio* reproduce el grito de los que estaban en el tablón ese jueves en que Caszely esquivó a cuatro adversarios de Unión Española, en el debut por la Libertadores de 1973. Tras dedicarle las quince primeras páginas de la edición al triunfo de Colo-Colo, la revista retoma a Caszely en la última, a través de la pluma de Antonino Vera, su director, con una foto del goleador bajo la ducha en el camarín número 14 del Nacional.

“Ya pasó todo. La emoción de los goles, los afectos de los abrazos, el eco estruendoso de ese *se pasó... se pasó...* Reacción entusiasta tan poco común del aficionado chileno. Solo quedan la alegría de haber hecho un partido que le salió completo y la plácida fatiga que esa ducha tibia va a mitigar”, escribe Vera.